

Soledad

HACÍA un cuarto de hora que Ciriaco estaba plantado allí, con los ojos fijos en el cadáver.

Al fin levantó una mano y se los palpó y repalpó con lentitud, como extrañándose de que estuvieran secos.

Tras la impresión aún viva de estupor empezaba a crecer un miedo oscuro, instintivo, que lo iba ablandando poco a poco. Pero ni el más mínimo asomo de dolor había en su corazón. Por el contrario, una especie de alivio sedante, gozoso casi, empezaba a señorear en él.

Miró de nuevo el cuerpo largo y péndulo del ahorcado. ¿Por qué se balanceaba de esa manera si el aire estaba quieto, tenso, cual si escuchase los mil ruidos informes que parecían esmerilar el silencio?

Por un momento lo trabajó la idea absurda de que la muerte estaba allí todavía, invisible en la penumbra del rancho, acunando a su presa con una diabólica voluptuosidad.

Empujado por incontrollable impulso se acercó al cadáver, y aferrán-

dole por las piernas detuvo aquel balanceo desconcertante. Tuvo la sensación de que el frío de las pantorri-llas desnudas, rígidas ya, se le agarraba a las manos, materializado, hecho una goma viscosa. Las hundió con presteza en los bolsillos, apretándolas contra sus muslos calientes.

El muerto giraba ahora despacito, como si buscara algo en redor. Una de las chancletas se le escurrió de pronto y cayó al suelo con ruido fofo, sordo. Quedaron al descubierto los calludos dedos, sucios de tierra fresca que negreaba en las uñas chatas y se acumulaba en las rajaduras de la cuarteada piel.

La yista de esa tierra sí, le dolió vivamente. Merced a ella se le humanizó de súbito el despojo helado que colgaba del tirante. Volvió a ver al tío Pascasio a la zaga de la yunta, hundido hasta los tobillos en el surco oloroso, que humeaba como las narices del hombre y el hocico familiar de los bueyes...

Arando, su tío era muy distinto que en el rancho. Se le suavizaban los ojos y la voz se le ponía dulce-

mente paternal al dirigirse a las bestias: “¡Ushi... ushii, Barroso!” “¡Ushiii, Colablanca!...”

Cuando el tiempo corría bueno, hasta locuaz solía volverse. Contábale pueriles historias de su juventud desabrida de chacarero. Y algunas veces —muy raras— dábale por cantar una quarteta insulsa, que repetía hasta el aburrimiento:

*Hay un pájaro en el campo
que le yaman cardenal.*

*Las mozas me disprecean
porque no tengo ni un rial...*

Costóle a Ciriaco despegar los ojos de aquella tierra, húmeda todavía, que desde los dedos del muerto se empeñaba en avivarle los mil pequeños recuerdos del pasado común, tan reciente, y que empezaba sin embargo a parecerle extrañamente lejano.

Cuando lo hizo, chocaron sus miradas con el rebenque de raída azotera que pendía de un clavo, en la pared.

Se endureció de nuevo. Tuvo un maligno deseo de empuñarlo y hacerlo restallar sobre las manos grandes del cadáver, otra vez enemigo. Evocó las innumerables “tuyinas” que, desde que lo “heredara” de su madre, habíale propinado el tío Pascasio. Volvió a verse temblón, encogido de miedo antes del primer golpe. Y demudado, blanco de impotente rabia después de la paliza.

Creyó que de aquella boca grotescamente contraída, de la que colgaba una descomunal lengua violácea, iba a brotar de un momento a otro el vozarrón estropajoso, la “catervada” de insultos con que su tío lo “rociaba” antes de emplear el rebenque.

Una gruesa mosca azul, pesada y torpe, atrajo su atención. Volaba en círculos lentos, cada vez más estrechos, alrededor de la cabeza del difunto. Y de súbito se posó sobre la enorme lengua y caminó por ella, hasta introducirse en el agujero negro de la boca.

La penumbra se iba espesando por segundos. Ya empezaban a zumbar los mosquitos ronceros, desprendidos de la quinchá en procura de nueva sangre.

¿Por qué diablos se habría colgado de aquel tirante el tío Pascasio? ¿Tendría algo que ver con su resolución el hombre gordo que estuviera por la mañana a verlo?

A Ciriaco no le gustó ni un poquitito la facha del visitante. Chocáronle desde el primer instante su vocecilla chillona y su papada flácida, como de toro viejo, que hacía parecer más corto aún el cuello ancho, sanguíneo y “perebudo”. Con los pulgares enganchados en la sisa del chaleco, las pernezuelas esforzándose por sostener recto el corpa chón ridículo, y los insolentes ojillos mirándolo todo de arriba abajo por sobre las gafas de grueso cristal, montadas en oro macizo, resultaba verdaderamente detestable aquel

hombre. Ciriaco recuerda que habló con su tío por espacio de diez minutos. Pero él apenas si prestó atención a lo que conversaron. Todo su interés se había concentrado en el automóvil resplandeciente, de un suave y hermoso color lacre, al que sus manecillas sucias palpaban aquí y allá, con timidez y asombro. Y aún así, tocándolo, costóle convencerse de que era realidad y no alucinación... Recién cuando el chofer le gruñó que se retirase, que iba a empañar la pintura del vehículo con sus dedos mugrientos, resignóse a dejar los guardabarros lustrosos, los arrogantes faros, las bruñidas manijas de las portezuelas... Retrocedió algunos pasos, aunque sin apartar del automóvil sus pupilas absortas. Y fué entonces cuando le llegaron palabras sueltas de la conversación de marras. El viejo de la papada de toro hablaba con tono autoritario, gesticulando, y las grasas se le movían de una manera cómica. Su tío, en cambio, parecía disminuído. La voz habíasele ablandado de pronto, tornándose humilde, suplicante... Todavía recordaba Ciriaco algunas de las misteriosas palabras oídas al azar, y cuyo sentido resultárale indescifrable: "Hipoteca... Vencimiento... Ejecución judicial"...

Después el viejo gordo subió nuevamente a su coche, que desandando el camino antes recorrido se perdió a la distancia, entre una nube de polvo gris.

¿Tendría algo que ver aquella visita con la muerte del tío?

Desde el potrerito llegó el mugido largo y desamparado de un buey. Era el "Barroso", que sin duda extrañaba su ración vespertina de forraje. A Ciriaco le pareció que los pies del cadáver se movían, como si el tío Pascasio quisiera caminar hacia la bolsa de avena que aguardaba parada, con la hoz encima, en el rinconcito de siempre...

La tierra de los dedos era cada vez más negra y las rajaduras se iban empequeñeciendo. El "Caburé", que había entrado a la habitación sin ser visto, púsose a lamer entre gimoteos casi humanos la extremidad desnuda.

¿Por qué diablos se habría colgado de aquel tirante el tío Pascasio?

Ahora eran los dos bueyes a mugir, en un dúo de melancolía infinita, ahondada por la invasión creciente de la noche.

Ciriaco vió cómo el perro metía el hocico en la chancleta caída, resoplando con inquietud cual si humeara en la cueva de la muerte.

El miedo y la angustia mocháronle su rencor, ya inútil. Sus ojos, muy abiertos, pugnaron en vano por rescatar de las sombras el rostro del cadáver.

Se sintió tremendamente solo frente a ese silencio negro que iba sorbiendo las cosas.

Y lloró.